

Esparta demandó consejo al oráculo de Delfos, que le contestó se sirviese de la poesía para calmar á los descontentos y para dar nuevo aliento á los desanimados espartanos, medio que ya había sido empleado con gran éxito en el Eurotas para hacer frente á las situaciones difíciles. Entonces el ateniense Tirteo, el noble cantor, procedente de los áticos de Afidne, cuyos admirables y patrióticos versos le habían conquistado un nombre inmortal en Grecia, logró restablecer la paz interior y animar de nuevo á los espartanos para la lucha.

El nuevo ardor de los espartanos, la traición de un caudillo arcadio, comprado, según se dice, por ellos, y finalmente el cansancio de los aliados, fueron circunstancias mortales para los mesenios, y las cosas tomaron el mismo sesgo que habían seguido durante la primera guerra. Las tropas mesenias, en la imposibilidad de sostenerse en campo abierto, se refugiaron en la fuerte posición que les ofrecía la parte más agreste de la montaña septentrional del cantón, es decir en el Ira, que se alza majestuosamente casi á orillas del espumoso Neda, muy cerca de los límites meridionales de la Arcadia. Desde este punto el valeroso Aristomenes dirigió todavía durante algunos años la *pequeña guerra*, y sus correrías y saqueos por el campo enemigo dieron mucho que hacer á los vencedores espartanos, cuya tenacidad les valió la victoria. Después de bloquear estrechamente el reducido Ira, se aventuró el ejército espartano á un asalto, coronado por un éxito completo; y entonces Aristomenes, viendo

llegado el ocaso de su gloria, abandonó la lucha y se retiró con sus valientes soldados á la Arcadia. Grandes masas de mesenios se dirigieron de nuevo por el mar jónico hácia Regio y el cantón mesénico quedó sujeto durante muchos años y de un modo incontestable á la dominación de los espartanos.

De este modo quedó asegurada la preponderancia militar de Esparta en el Peloponeso, hasta la batalla de Leuctra; téngase, sin embargo, en cuenta, que aquella victoria avivó la llaga que desde el tiempo de Licurgo minaba los fundamentos del poderío espartano. El número de vencidos de Helocia y el de los soldados del Eurotas central era tan excesivo; la animosidad de los esclavos dóricos del territorio del Pamiso era tan grande y su situación tan desesperada, que nunca en mejor ocasión se hubiera podido pensar en establecer en el interior una especie de igualdad. Cierta que la estrella de los espartanos adquiría cada vez mayor brillo, y que el número de sus robustos varones aumentaba hasta el punto de poder presentar un ejército de diez ó doce mil guerreros de sangre dórica, aun después de la lucha que tantas pérdidas les ocasionara; pero todavía no era Esparta la fuerza dominante en el Peloponeso. Para llegar á este punto era preciso un cambio político en armonía con el que se había verificado en toda la Grecia en perjuicio de los eupátridas, y especialmente en el Peloponeso, en menoscabo de la raza dórica: nos referimos á la *Tiranía*.

CAPITULO III

LA TIRANÍA.—LA TIMOCRACIA.—LA DEMOCRACIA

I. Comienza la oposición contra la soberanía de los nobles.—II. Timocracia, demagogia y tiranía.—III. La tiranía en el Peloponeso y en Mileto.—IV. Situación política de la tiranía.—V. Mileto. Pitacos en Mitilene.—VI. Megara: Corinto (Periandro).—VII. Clístenes de Sición

I.—COMIENZA LA OPOSICION CONTRA LA SOBERANÍA DE LOS NOBLES

Las nobles familias de la Grecia, á pesar de su fuerza tan poderosamente arraigada, no pudieron evitar la enérgica sacudida que conmovió las bases de su poder. A consecuencia de los frecuentes trastornos que reinaron en todas partes, se desarrollaron en muchos Estados griegos nuevos elementos, que tenaz y progresivamente se opusieron á la forma de gobierno entonces comun en el mundo heleno. Debemos, sin embargo, excluir de este movimiento general á algunas comarcas, como Tesalia y Laconia, en las cuales no hallaron espacio en que desenvolverse los elementos nuevos, porque la soberanía en ellas dominante descansaba únicamente en la fuerza de las armas. Algunos cantones, como Beocia, Arcadia y Elide, en donde, junto á las familias nobles, llevaba la pacífica existencia agrícola la masa del demos, aceptaron antes de la guerra persa las instituciones que se habían aclimatado hacia mucho tiempo en el resto de la Grecia.

El desarrollo de estos nuevos elementos fué inmediata consecuencia del florecimiento de los Estados griegos, de la creciente actividad marítima, del tráfico mercantil, de la industria, de la fabricación y, finalmente, de la fundación de gran número de ciudades, junto á los grandes centros. Mientras el demos no se apartó de la vida comun agrícola, pocos fueron los desórdenes que turbaron las relaciones entre el pueblo y la nobleza; pero en cuanto aquellas otras ramas de la

actividad humana encontraron general aceptación, y por ende una parte importante del demos se rozó más directamente con las familias nobles, alcanzando mayor bienestar, más inteligencia política y más experiencia; en cuanto una parte considerable del vulgo se encontró en situación de poder juzgar y comprender las relaciones, sencillas por regla general, que entre las diversas clases existían, llegó á su fin la tranquila sumisión á la soberanía de los nobles, y dejó de mirarse con indiferencia la falta de los derechos políticos. Luego que las ciudades fueron los centros de grandes masas y asiento de una burguesía, en el sentido estricto de la palabra, comenzaron las agitaciones políticas, que tendían principalmente á destruir la autocracia de las familias nobles.

Todos estos disturbios ocurrieron de una manera idéntica, durante mucho tiempo y en todos los Estados. Los helenos nunca alcanzaron aquella completa igualdad política y social con que sueñan algunas naciones modernas; aun prescindiendo de que el demos en todas partes pasó de la oscura condición de esclavos á la de siervos comprados. Cuando comenzó la oposición de la burguesía á la nobleza, y durante las vicisitudes de esa lucha entre los ciudadanos y los caballeros, no se trató de la igualdad política en mas ancha esfera, siendo necesario el transcurso de muchos años para que el demos se formase con conocimiento propio de su estado, y para que las ideas democráticas alcanzasen la completa claridad y la fuerza de un nuevo principio. Por regla

general, los nobles tuvieron en tiempos normales ciertas exigencias que poco á poco fueron interpretadas por el demos como insolencias y vejaciones y contra las cuales comenzó á sublevarse, en cuanto dió la señal uno de los más luminosos puntos del mundo griego. Las ideas democráticas echaron muy pronto hondas raíces en las ciudades coloniales: se tiene por ley natural en política el principio de que la democracia se arraiga mucho antes en las colonias independientes que en la metrópoli; así es que las colonias griegas no fueron los puntos donde más predominó de un modo fuerte y seguro la preponderancia aristocrática. La notable y temprana multiplicidad del desarrollo social, la influencia, siempre y en todas partes democratizadora, de la vida marítima, las consecuencias del tráfico mercantil que tan rápidamente florecía, y la extensa actividad fabril, se oponían en las colonias al predominio de los eupátridas, más que en ninguna otra parte de la Grecia. Faltó, para que pudiera consolidarse la soberanía de la nobleza, la fuerza de una costumbre antigua, cosa imposible, dado que el demos vivía en la ciudad en continuo roce con las familias nobles.

La marcha que tomó en Grecia el movimiento político desde la soberanía de la nobleza á la democracia, que, en tiempos posteriores incontestablemente se había introducido en la mayor parte de los cantones, fué en extremo violenta. El desarrollo político de los helenos revistió, en la mayoría de los cantones, un carácter distinto del que tuvo entre los romanos: las más de las ciudades de Grecia fueron teatro de salvajes escenas revolucionarias, hasta el terrible tiempo de la violenta conmoción de los Nabis, en Esparta, si bien las consecuencias políticas de los movimientos dirigidos contra la aristocracia de los eupátridas, fueron muy diversas. Frente á frente del nuevo elemento que comenzaba á agitarse, se presentó, como era natural, el interés de la conservación de la nobleza. La temeridad oligárquica, especialmente por parte de la nobleza joven, así como algunas brutales violaciones del honor de las mujeres, motivaron, según las circunstancias, rápidas y terribles explosiones de venganza. Tampoco faltaron escenas, en que las clases sociales de las familias nobles y del demos se atacaron mutuamente, con lo cual el movimiento democrático tomó, con el tiempo, un carácter comunista. En algunos puntos, las mismas familias nobles socavaron su situación, dejando decaer el espíritu aristocrático, gastando sus fuerzas en disensiones intestinas, ó degenerando en oligarquía; en una palabra, ante la amenaza del nuevo elemento democrático, atendieron únicamente á sus mezquinos intereses personales, y en este sentido explotaron el Estado. Pero aun allí donde no aconteció nada de esto, la oposición democrática fué creciendo cada vez más. Exigencias sociales, como el deseo de la unión de los eupátridas que sentían los ciudadanos ricos, y por parte de los pobres el de que se les aligerase de la pesada carga de las deudas; exigencias políticas, que solicitaban la publicación ó codificación de las reglas del derecho, á las cuales faltaba abiertamente la nobleza, y la ampliación de los derechos del demos, aparecían cada vez con mayor carácter de gravedad.

Los primeros ensayos que hizo la nobleza para poner remedio á tales movimientos, fueron por lo general pacíficos, llegándose á incluir en la nobleza á los primeros oradores del demos y á entenderse acerca de los principales puntos que debían tenerse en cuenta para hacer las concesiones. En las ciudades marítimas que más fuerte apoyo daban á la oposición, se empleó el medio de facilitar el camino para la emigración y fundación de nuevas colonias; pero cuando todos estos medios llegaron á ser insuficientes; cuando la masa del demos, ya viviese en una posición más llevadera, ya se encon-

trase en una situación económica difícil, se levantó enérgicamente contra la nobleza, el estado de cosas tomó evidentemente mal aspecto. El régimen de los eupátridas llegó á ser rudo, fuerte, tirano por sistema, y su justicia se fundó únicamente en la fuerza de las armas; el clamoreo de la plebe se hizo insolente, irritante y reveló cierta inclinación á los actos violentos. Desde mediados del siglo VII comenzaron, en una parte importante del mundo helénico, aquellas salvajes luchas de partido entre la nobleza y el demos, que, á partir de este punto, constituyen uno de los rasgos fundamentales y característicos de la historia griega.

Las familias nobles, con excepción de Tesalia y Beocia, Elide y Arcadia, no pudieron resistir mucho tiempo la presión de la oposición democrática que minaba su existencia, á pesar de que, como veremos en breve, contaban con tantos medios de fuerza política, moral y material para sostenerse; pero por lo mismo, tampoco se pudieron sostener largo tiempo confederaciones ni siquiera situaciones democráticas; antes por el contrario, los helenos pudieron desde entonces hacer el descubrimiento de otras dos especies de régimen político, apareciendo por un lado la timocracia y por otro la tiranía.

II.—TIMOCRACIA, DEMAGOGIA Y TIRANÍA

Repetidas veces la nobleza tuvo que conformarse con la opinión política que agitó á los partidos militantes, y otras se vió obligada por las circunstancias á hacer amplias concesiones al pueblo. Hubo algunos Estados coloniales allende el mar Egeo, en cuyo suelo se llevó á cabo por vez primera la igualdad entre el demos y las familias nobles. Los grandes desórdenes acaecidos en la italiota Locri Epizephyri, terminaron á mediados del siglo séptimo antes de Jesucristo, gracias á la austeridad de Zaleuco, que trazó rápidamente la primera constitución y el primer código escrito que los griegos conocieron. En aquella ciudad, conjunto de elementos abigarrados, en donde no había elemento aristocrático natural alguno, dió aquel sabio una forma tangible al principio timocrático, formando la nueva aristocracia capitalista con las familias de los más ricos propietarios. Las mil familias de la ciudad que mayor caudal poseían, debieron formar desde entonces la más estrecha burguesía; mil representantes de esta nobleza del dinero constituían el gran consejo gobernante, á cuyas manos estaba confiada la completa dirección del Estado. La nueva forma de gobierno fué muy bien acogida por una gran parte de los griegos coloniales, pues ofrecía una garantía contra los peligros de las contiendas de la burguesía y hacía por lo menos posible una reconciliación entre las capas superiores del demos y las familias nobles. La nueva constitución fué muy pronto aceptada por otras muchas ciudades coloniales, especialmente por las grandes colonias aqueas de Italia. El nuevo principio de fundar en los bienes la autoridad política, se conservó durante mucho tiempo en Grecia con diferentes modificaciones; por tanto no debe olvidarse que en aquella y en sucesivas generaciones se tuvo muy en cuenta la propiedad, aunque no precisamente de bienes muebles. Las ventajas que la forma del censo ofrecía, entraron por mucho en la aceptación unánime que obtuvo, pues realmente abrió á los más ricos y á los más ambiciosos de la comunidad el camino de la inmediata participación en la dirección suprema del Estado; garantizó á todo ciudadano cierta participación en la vida pública; y por fin, hizo posible que la perseverancia, la aplicación y la fortuna se elevasen á los más altos derechos políticos. La timocracia, sin embargo, no pudo satisfacer durante mucho tiempo á los griegos. Allí donde se pasó de repente de la timocracia á la organización democrática del Estado, trasformóse la burguesía timocrática en una

consiguí, por lo menos, ver restablecidos y asegurados la tranquilidad interior y el bienestar material de sus habitantes.

No la intervencion extranjera, sino la propia cultura moral, salvó á Mitilene del peligro de la descomposicion. Asesinado en 610 el tirano Mirsilo, los nobles, que habian llegado de nuevo á tener gran fuerza, perdieron pronto su importancia, cuando sus armas fueron ignominiosamente vencidas en una lucha con los atenienses, que querian por aquel tiempo sentar sus reales en la costa de la Tróade y se habian apoderado de la colonia mitilénica de Sicione. En tales circunstancias, un distinguido hombre de la plebe, Pitaco (nació en 640) hijo de Hyrradios, oriundo, por parte de su madre, de una familia noble, consiguió en 606 matar en público desafío al general en jefe de los atenienses, Frinon. La envidia de los caballeros y los venenosos insultos de su poeta Alceo, menoscabaron por de pronto la creciente fama del valeroso plebeyo; pero cuando en 595 el demos derribó la soberanía de las orgullosas familias nobles, que capitaneadas por Alceo y Antiménidas declararon la guerra á la patria, el pueblo elevó á Pitaco á la suprema dignidad de Mitilene. En este estado, defendió con inaudita energía la seguridad interior de la ciudad y quiso asegurar por mucho tiempo la paz interior. Con desinteresado é inteligente sentido, no aspiró á ser el tirano, sino simplemente el Esimneta de la ciudad, y á este fin extendió por un lado los derechos regularmente constituidos del demos y por otro no despojó á la nobleza de su posicion gubernativa. Su trabajo dirigióse principalmente á restablecer una legislacion de ancha base, que suprimiera la ruda dureza de la justicia aristocrática, hasta entonces subsistente, y la arbitrariedad de los jueces. El derecho de las personas y de las cosas de cada ciudadano se vió protegido, definido con experiencia profundamente práctica y consignado en preceptos legales. Los juicios pronunciados bajo su direccion llevaban impreso un carácter esencialmente democrático: las malas costumbres de su isla le obligaron á dar una ley, inspirada en un criterio totalmente distinto del que rige en la edad moderna, segun la cual los delitos ó faltas cometidos durante la embriaguez eran castigados con tanto ó mayor rigor que los cometidos en estado lúcido. Finalmente, pudo Pitaco tolerar el regreso de los nobles coligados: Alceo, sin embargo, se fué á Egipto, y Antiménidas á Caldea, donde sirvió como mercenario del gran Nabucodonosor. Despues se encontró Pitaco en estado de abdicar sin peligro su cargo, y murió tranquilamente en Mitilene en 570, cuando la burguesía de la ciudad lo celebraba como al mas grande hombre de Estado, poniéndole al nivel de Solon y contándole entre los siete sabios de la Grecia.

Entre los tiranos de ese remoto tiempo, se cuenta Teágenes de Megara, que gobernó con cierta seguridad. Su corte fué embellecida con magníficas construcciones, entre ellas un imponente acueducto debido á un hombre eminente que profesaba gran amor á las artes. Teágenes se vengó de la derrota sufrida por su yerno Cilon y de la matanza de los guerreros megarenses en Atenas (612), conquistando la isla de Salamina, que conservó bélicamente contra Atenas, hasta que, en 598, consiguió el gran Solon arrebatar la isla al príncipe de Megara, que, en 590, logró abatir una poderosa reaccion de la nobleza de ese canton.

VI.—MEGARA: CORINTO (PERIANDRO)

Entonces comenzaron para Megara tiempos duros y revueltos: á pesar del valor que sus caballeros mostraron por tierra y por mar, fueron derrotados en guerra contra el Atica y despues en la que emprendieron, al terminar esta, contra Samos, sobre la posesion de Perinto. En el interior se aumen-

taron, entre tanto, la falta de consideracion y la ambicion desleal, y el Labrador gimí agobiado bajo el peso de las deudas. Esta mala administracion atrajo gradualmente una tempestad sobre los jefes de las familias nobles. El poeta Theognis de Megara, nacido casi á mediados del siglo sexto antes de Jesucristo, aristócrata de la clase mas inferior, que vivió despues de la batalla de Platea, y que, por un lado miraba al demos con desprecio y terrible animosidad y se valia de todos los medios posibles para conservar las prerogativas de la nobleza, entonces casi en completo desarrollo, y por otro luchaba contra la degeneracion y desmesurada avaricia de sus compañeros de raza megarenses, vió venir la ruina sin poderla evitar. La sedicion democrática de 525 atrajo sobre las ricas familias nobles de Megara un gran desastre y dió lugar á escenas que revestian un carácter comunista. El exasperado demos se hizo sentir por medio de violentas anulaciones de deudas, expulsiones de poseedores de bienes, múltiples vejaciones y anárquica explotacion de las familias nobles que se habian quedado en el país. Finalmente se reunieron todos los nobles que se habian dirigido á Sicilia, Calcis y Esparta, para lograr por medio de la fuerza el regreso á la patria, declarándose en lucha abierta con el demos, y no les fué difícil el triunfo, gracias á las circunstancias anárquicas por que pasaba Megara (515). Mas á pesar de la victoria, el nuevo gobierno que se encargó de regir el canton, á la sazón en estado de decadencia, tuvo que mostrarse mas tolerante y que garantizar al demos una situacion mejor de la que gozara antiguamente.

Mucho mas francamente que en Sicione se desarrollaron las instituciones en Corinto, ciudad que floreció bajo la dinastía de los Cipsélidas. El príncipe Cipselo (655 á 625) dió gran impulso al comercio, á la navegacion y á la fuerza política del Estado. Rota la alianza con Corcira, reemplazóse el apoyo que esta podía prestar á Corinto con la fundacion de nuevas é importantes colonias en los mares Egeo y Jónico. La colonizacion corintia en el suelo etólico, en Anacitorion, Leucades y Ambracia, se llevó á cabo, mientras Cipselo, por la proteccion que dispensó á las artes, hizo inmortal su memoria, aun en Olimpia y Delfos. Digno sucesor de Cipselo fué su hijo Periandro (625 á 585), uno de los mas eminentes hombres de Estado que tuvo la Grecia en aquella época; dotado de grandes cualidades, fuerte y animado de un espíritu de empresa, obligó al poco tiempo á Corcira á reconocer la soberanía de Corinto, y puso en ella como regente á su hijo Locrofon. La fundacion de Apolonia en las costas ilirias y de Potidea en la península macedónica de Palene, abrieron al comercio de Corinto nuevos y dilatados horizontes. El sistema político de Periandro se vió apoyado por la alianza con el príncipe Trasíbulo de Mileto, por su casamiento con Melisa, hija del príncipe Procles de Epidaurio, y finalmente por su alianza con el rey lidio Alyates y con el faraon egipcio Psammético.

La fuerza marítima y el comercio de Corinto tomaron un incremento cada vez mayor, durante la tiranía de Periandro, que en un principio se interesó en un proyecto acariciado por los mas eminentes hombres de la antigüedad, la apertura del istmo. Periandro que, como aficionado á las artes plásticas y al canto, á la par que como sabio político conquistó gran fama entre sus contemporáneos, quiso impulsar y levantar los intereses de los labradores de su canton y su culto especial, particularmente el de Dionisio. Sabio é inteligente soberano que, sin apelar á las contribuciones directas y con solos los derechos de puerto y de frontera, pudo cubrir los gastos de su gobierno; que, protegido por una guardia del Estado y por un enérgico régimen, no debia temer sedicion alguna por parte de los nobles, acabó por destruir, por su

propia culpa, la tiranía en Corinto. Los años le habian hecho áspero y desconfiado, y la muerte de su esposa Melisa, á la que mató por su mano en un arrebató de cólera, trajo consigo consecuencias para él muy funestas. El padre de aquella, Procles de Epidaurio, se declaró, por venganza, en guerra con Periandro, quien le venció y tuvo en sus manos la persona y la soberanía de su suegro. No pudo, sin embargo, reconquistar el afecto de su hijo Locrofon, á quien habia dado la regencia de Corcira, y que murió en una sedicion de los corciros, de la cual tomó el anciano príncipe sangrienta venganza. Pero el hecho de haberse apoderado de trescientos prisioneros y haberlos enviado al rey Alyates de Sardes, para que fuesen convertidos en eunuocos, cubrió su nombre de vergüenza entre los griegos, por mas que los de Samos retuvieron en su isla á los prisioneros que con ellos se habian puesto en contacto durante el viaje, y los arrebataron á los satélites de Periandro. La tiranía iba decayendo rápida y visiblemente, cuando murió Periandro en 585, dejando el poder á su sobrino Psammético, hijo de su hermano Gorgos, príncipe de Ambracia, que desde la muerte de Locrofon gobernaba como regente la isla de Corcira, regencia que entonces fué confiada al jóven Periandro, hijo segundo del propio Gorgos.

VII.—CLÍSTENES DE SICIONE

Durante este tiempo, llegaba á su apogeo la tiranía de Sicione: Ortagoras y su primer sucesor el príncipe Miron, que dominó desde 649 á 596, se habian hecho amar como benignos gobernantes, distinguiéndose por la proteccion dispensada á los intereses mercantiles y á las artes, y por las importantes construcciones que, de su órden, se habian levantado. Clístenes, nieto y sucesor de Miron, que reinó desde 596 á 565, fué príncipe dotado de gran energía general; excelente y emprendedor, tomó parte con éxito, en los comienzos de su reinado, es decir desde 595 á 586, en la primera guerra santa sostenida contra los criseos para defender los intereses délficos. El rico botin en ella conquistado, sirvió á este prin-

cipe, amante de las construcciones, para herosear mas y mas su ciudad. Su autocracia le empeñó poco despues en una lucha con Argos, que terminó separándose violentamente Sicione de su antigua metrópoli del Inaco, de tal manera que el tirano, para romper toda relacion con Argos, abolió el culto del héroe Adrasto que con ella le unia, y combatió con sistemática energía el dorismo que relacionaba, en cierto modo, las familias nobles antes dominantes con sus afines de raza de la Argólida. Abandonó tambien el poder político, que en punto á sentencias y á consejos, concedió al pueblo, en manos de la fila de los Egialeos, formada por la antigua poblacion y que llevaba entonces el nombre aristocrático de Arquelao. Las tres filas dóricas vieron su jurisdiccion limitada á los asuntos religiosos, y fueron humilladas personalmente cuando el príncipe cambió sus antiguos y soberbios nombres de Hyleos, Dymanes y Pamphylos por las epigramáticas denominaciones de *Hyates* (gente soez), *Coreatos* (cochinillos) y *Onates* (asnos domésticos).

El sentimiento plebeyo, fulto de comedimiento; y el odio al dorismo, que en el Peloponeso preponderaban antes del príncipe Nabis de Esparta, colmaron de consideracion á Clístenes, á quien los narradores y los poetas épicos dedicaron rapsodias, y dieron impulso al culto mas nacional. Clístenes no procedió ni cruel, ni arbitraria, ni violentamente, sujetándose estrictamente á las leyes del Estado. Su poder era tan fuerte, tan enérgicamente habia reducido á las familias nobles á la obediencia, que la ilustre nobleza de muchos cantones griegos solicitó la mano de su hija, heredera de cuantiosos bienes, concedida en 567 al ateniense Megacles, de la casa de los Alcmeónidas, que aspiraba á ocupar una posicion dinástica.

La tiranía solo pudo sostenerse en el Peloponeso y en la Grecia occidental hasta que la enemistad que hacía el dorismo sentia una gran parte de la burguesía, se atrajo las iras de aquella ciudad peloponésica, dentro de cuyos límites se habia fortalecido el elemento dórico y el aristocrático, ó sea Esparta.

CAPITULO IV

ESPARTA Y ATENAS DURANTE EL SIGLO SEXTO ANTES DE JESUCRISTO

I. Educacion de los jóvenes en Esparta.—II. La cripteya.—III. Los eforos.—IV. Esparta en el siglo sexto.—V. Caída de los Cipsélidas: Egina, Corinto, Sicione.—VI. Esparta como primera potencia de la Grecia europea.—VII. La liga peloponésica.—VIII. La dominacion de la nobleza en el Atica.—IX. Leyes de Dracon: levantamiento de Cilon.—X. Solon.—XI. La Seisachteia en Atenas.—XII. Constitucion de Solon: época de Solon.—XIII. Tiranía de Pisistrato en Atenas. La familia real de Pisistrato.—XIV. Caída de los Pisistrátidas.—XV. Reformas introducidas en la constitucion por Clístenes.—XVI. Guerra de los espartanos, beocios y calcidios contra Atenas.—XVII. Se completan las reformas de Clístenes.

I.—EDUCACION DE LOS JÓVENES EN ESPARTA

La política general de los príncipes del Norte del Peloponeso fué vista con grande indignacion por el gobierno de Esparta, en donde, á consecuencia de una política completamente distinta, se habia formado, desde fines del siglo sétimo antes de Jesucristo, una oposicion sistemática de los hombres de Estado del Eurotas contra la tiranía que, exceptuando la de los Pisistrátidas y posteriormente la de Dionisio de Siracusa, habiase consolidado en muchos cantones con funestas consecuencias. Pero á partir del siglo sexto, aquel

sistema político estuvo conforme con los planes de los espartanos que tendian á adquirir incontestable hegemonia en el Peloponeso.

Los peligros que para el gobierno de los dorios en Esparta ofrecia la tiranía y con ella el espíritu democrático del Norte, dieron á principios del siglo sexto nuevo y poderoso incremento al espíritu aristocrático y á las instituciones de la dórica Laconia. Los modernos investigadores hablan de un gran hombre de Estado, el espartano Queilon, hijo de Demagetos, que fué incluido en el número de los siete sabios de Grecia, y que tomó una parte muy activa en todas estas situaciones.

aristocracia, contra la cual se dirigieron violentamente en posteriores tiempos el odio y el desprecio del demos.

Aquella constitucion no pudo evitar que todas las ciudades griegas que la habian aceptado, pasaran por la fase especial de la política que encontramos por primera vez en el Peloponeso, como resultado de una colision entre la nobleza y el demos. Nos referimos á la tiranía, cuyo origen vamos á describir. Dada la superioridad política y militar de las clases nobles, la causa del demos, á pesar de su exasperacion y de su fuerza numérica, no tenia porvenir alguno, hasta que encontró en los *demagogos* unos jefes que decidieron reunir las fuerzas de la plebe en la ciudad y en el campo, para hacer frente á la habilidad é inteligencia superiores de la nobleza, valiéndose de armas análogas.

Estos demagogos, durante todo el período que trascurrió hasta los tiempos de Diodoro, salieron de entre las familias nobles. Pronto hubo aristócratas que, bajo un pretexto cualquiera, se separaron de sus compañeros de raza, á la cual por su nacimiento solo pertenecian á medias; y llenos de ambicion monárquica, convencidos de la necesidad de un cambio de cosas y dotados de eminentes cualidades, pronto supieron granjearse con gran habilidad la benevolencia del pueblo. Una vez conseguido esto, fuéles sumamente fácil, ya apelando á la ayuda del demos, ya poniéndose al frente de fuerzas armadas, invadir la Acrópolis y derribar la soberanía de las familias nobles.

La atmósfera política de aquella época, hizo, no ya fácil, sino muchas veces inevitable, el paso de la soberanía del pueblo á la forma monárquica, que con tanta frecuencia se ha repetido hasta nuestros días. El demos, especialmente el que se dedicaba á la agricultura, no estaba todavía suficientemente desarrollado para tomar en sus manos la direccion del Estado. Los ciudadanos, en particular los agricultores, estaban ya satisfechos con que las familias nobles fuesen abatidas, y con que se les aliviase de las cargas materiales, que se establecieron desde entonces con imparcial justicia. A fin de poderse dedicar tranquilamente á sus negocios, confiaron al jefe del pueblo la defensa del demos contra cualquier reaccion que pudieran intentar los nobles, y le encomendaron la vigilancia de sus intereses y por ende todo el poder gubernativo. De este modo erigióse en muchas partes de la Grecia, desde mediados del siglo séptimo, una nueva monarquía de demagogos nobles, á costa de la misma aristocracia.

III.—LA TIRANÍA EN EL PELOPONESO Y EN MILETO

Estos autócratas, ó señores, ó *tiranos*, como solian llamar los griegos á tales usurpadores, aparecieron por vez primera en el Peloponeso, en donde, como ya antes hemos notado, coincidió con este movimiento una reaccion contra la soberanía de la raza dórica. Sicione fué la primera ciudad que vio aparecer la tiranía.

Ortágoras, noble jónico, de la fila de los Egialeos, que participaba, junto con las tres filas dóricas, del gobierno de aquella ciudad, levantóse, probablemente en 665 antes de Jesucristo, contra la soberanía de la orgullosa y dominadora nobleza jónica, para satisfacer las pretensiones del demos; y coronada su empresa por el mas completo éxito, fundó en seguida su soberanía personal, que ejerció con moderacion é inteligencia. Diez años despues, vióse invadida por esta corriente la ciudad de Corinto, que habia conquistado un envidiable puesto, bajo el punto de vista marítimo, fabril y mercantil. Su burguesía era numerosa, activa y gozaba de ciertas comodidades; su nobleza, dueño de grandes riquezas, se habia hecho en alto grado insolente y se entregaba á los mayores desórdenes. La gran preponderancia de la familia originaria

de los Báquidas, que florecia en muchas ramas, habia decaído visiblemente desde que su número empezó á disminuir. Cuando los movimientos de la oposicion apenas pudieron ser dominados por severas sentencias judiciales, por activas persecuciones, y por gran número de destierros; cuando los Báquidas, en una lucha con la isla de Corcira, perdieron una gran batalla naval, quedando por lo tanto rota la alianza con esta isla, entonces comenzó la situacion de las nobles familias dóricas á perder su solidez. El golpe decisivo salió de entre sus propias filas. El jefe del pueblo corintio era Cipselo, hijo de la báquida Labda y del lapita Eetion, que á causa de su origen mixto se presentó como demagogo, se hizo representante de las familias no dóricas y del demos, y finalmente en 655, al frente de sus tropas, dió la muerte al odiado y poderoso pitano Hipocleides, lo cual le valió que el pueblo le saludase como autócrata. La expulsion de una gran parte de las familias báquidas, la limitacion de sus bienes, la vuelta á su primer estado de los ciudadanos que habian sido incluidos en la nobleza fueron las inmediatas consecuencias de la revolucion. Un excelente régimen y el inteligente cuidado de los intereses del demos, aseguraron la nueva y poderosa situacion de los tiranos de Corinto. El movimiento se extendió rápidamente. Ya en 640 logró Procles fundar en Epidauró una tiranía que se apoyó en la corintia; y allende el istmo, consumóse en 625 la revolucion en la Megaride. En esta comarca, en donde la enemistad entre los labradores y los nobles revestia cierto tipo de rudeza, y el carácter del pueblo era altamente apasionado, púsose Teagenes al frente de la oposicion. El pueblo agrícola se irritó hasta el punto de matar los rebaños de los grandes propietarios; mientras el demagogo formaba una guardia real, con cuyo auxilio expulsó á los caballeros y fundó la tiranía. Si en 612 fracasó por completo la tentativa de su yerno, Cilon, para introducir de nuevo la monarquía en el Atica, en cambio en Italia y en Sicilia, durante el resto del siglo séptimo, el sexto, y el primer decenio del quinto, encontró la nueva direccion política ardientes defensores.

La enemistad entre las familias nobles y el demos revistió un carácter sumamente grave en la Grecia oriental; las colisiones apasionadas asolaban á Mileto, la capital jónica, en donde desde el asesinato del rey Laodamas gobernaron, al frente de la Gerusia, los pitanos, con mano fuerte y poderosa. Dominado en 630 antes de Jesucristo el movimiento de los trerios y cimérios, el pitano Trasíbulo se alió con la burguesía, y destruyendo la soberanía de las familias nobles, conquistó para sí la tiranía. Este príncipe procuró robustecer su fuerza por medio de una alianza con la monarquía de Corinto, viéndose, además, apoyado por la necesidad que todos sentian de defenderse contra el incesante ataque de los lidios Mermnadas. El rey lidio Ardys, en cuanto hubo terminado la irrupcion de los cimérios, ó sea durante los últimos diez años de su reinado, dirigióse resueltamente contra Mileto, creyendo, lo propio que su sucesor, que con la conquista de la capital jónica dominaria por completo y con facilidad suma á los demás griegos orientales. Pero Trasíbulo, auxiliado por los de Chio, rechazó enérgicamente el ataque de los lidios y ganó las batallas campales de Limeneyon y Meandro, y ante los muros de la orgullosa colonia jónica logró que se estrellara el ímpetu del enemigo. Esto hizo que durante muchos años los lidios se limitasen á invadir el territorio griego, en tiempo de la cosecha, entregándose al incendio y al saqueo, y lo único que consiguió Ardys fué conquistar la ciudad de Priene, próxima á Mileto. Su sucesor Sadyates (617 á 612), que estaba tambien en guerra con Esmirna, no obtuvo resultado alguno; y Aliates (612 á 563), que tambien seguia el sistema del saqueo y del incendio, cuando Mileto florecia por el co-

mercio, por la fabricacion y por la colonizacion, vióse obligado á defender las fronteras orientales de su propio imperio, amenazadas por el poder de los medos, y á firmar, en su consecuencia, con Mileto un tratado de paz, en el cual se establecia una alianza entre la corte de Sardes y la capital jónica.

Durante este tiempo, sostúvose en Samos, cada vez mas poderosa, la soberanía de los odiados Geomoros: en Efeso alcanzó la nobleza cierta igualdad en el sentido de que la Gerusia se vió aumentada por el ingreso en ella de un gran número de representantes procedentes del demos, y en Colofonte se estableció el sistema de la timocracia, con su consejo de los mil, que eran elegidos anualmente de entre los individuos de una determinada clase del censo. La lésbica Mitilene fué, por el contrario, teatro de turbulentas escenas: asesinado el rey Ponthilos, la nobleza ejerció una poderosa soberanía, hasta que, despues de largas contiendas con el demos, el poder de los nobles, que habia acabado por tomar un carácter brutal, fué destruido en 620 por el demagogo Melancro. Algunos jóvenes nobles irritados y dirigidos por el fogoso poeta Alceo y sus hermanos Kikis y Antiménidas, y coligados con una parte del demos, lograron en 612 destronar á los modernos príncipes, con lo cual se originaron nuevos y serios disturbios, que terminaron con la tiranía de Mirsilo.

IV.—SITUACION POLÍTICA DE LA TIRANÍA

Así se alzaron en muchos puntos de la Grecia nuevos gobernantes, teniendo la tiranía grande importancia para el desarrollo de la cultura griega, bajo muchos conceptos. Prescindiendo de las inevitables violencias que se cometieron cuando su creacion, la tiranía de aquella época, que no puede en modo alguno compararse con la del tiempo de Dionisio en Sicilia, ni tampoco con la que ejercieron despues en Grecia las tropas mercenarias del tiempo de Diadogenes que llenaron de horrores el país, no fué un despotismo violento é impopular, por mas que en algunos casos presentara un carácter desagradable. Los mas de aquellos príncipes griegos, hasta llegar á la época de Gelon y de Hieron, fueron hombres dotados de grandes cualidades intelectuales, que habiendo roto casi completamente con las tradiciones, preocupaciones y apreciaciones de los de su raza, abandonaron la antigua rutina, y con mirada libre y segura planta abrieron con éxito el camino de la nueva vida. Como su diadema no poseia el esplendor que á la de los antiguos reyes prestaba su descendencia de los dioses ó de los héroes, procuraron hermosear sus cortes por los medios que el adelanto de los tiempos ponía á su disposicion. Sus principales residencias fueron magníficamente adornadas, y sus glorias cantadas por los poetas contemporáneos. Los tiranos aparecieron casi en todas partes como amigos y protectores de las artes que se elevaban á buena altura y de la ciencia que se desarrollaba: sus ciudades y castillos fueron adornados de magníficas construcciones. Con todo, la tiranía, por su naturaleza y condiciones especiales, forma únicamente un episodio de la vida del mundo griego; mas aun; por varios conceptos, fué una dicha que el desarrollo político de Grecia no hubiese terminado en el período de la tiranía.

Una ojeada sobre la historia de Grecia, á partir del último decenio del siglo sétimo, nos muestra que esta forma no pudo arraigarse propiamente entre los helenos. Solo Sicione y Corinto, al principio del episodio de esta soberanía, y Atenas y Siracusa al final del mismo, ofrecen ejemplos de tiranos que lograron fundar dinastías de cierta duracion. La nueva soberanía griega significó, en un principio, para la mayoría de los que la habian introducido, una brillante calamidad. Su autocracia fué desde los primeros dias odiosa para las fami-

GRECIA Y ROMA

lias nobles, que por ella habian sido derribadas; resultado de ella fueron, por un lado, la degeneracion del espíritu griego, amante de la libertad, y la indiferencia moral con que se miró el homicidio político, que, segun las circunstancias, habia llegado á ser visto con satisfaccion; y por otro una inseguridad en la situacion de los tiranos, que algunas veces llegó á arrastrarles á actos de violencia contra sus contrarios los aristócratas. Aun entonces, cuando la burguesía no fué ya destruida ó muerta por la nobleza, los tiranos y sus dinastías no pasaron, con excepcion de Gelon de Siracusa, de ser meros usurpadores: la situacion misma del demos no se formó orgánicamente, ni revistió carácter de legitimidad. El primer tirano fué siempre el favorito del pueblo; pero sus sucesores se declararon en hostil y ruda oposicion con el mismo, especialmente cuando apareció, de un modo gradual y tangible, el espíritu democrático. Mutuas alianzas numerosa guardia, y un tesoro repleto fueron los fundamentos de la nueva monarquía: y durante la segunda mitad del siglo sexto se nos aparecen como caracteres de los tiranos la maldad y el egoismo personal, que obligaron á los príncipes griegos de todos los Estados, excepto Sicilia, á confiar su insegura soberanía al apoyo de Persia.

La manera como los tiranos fueron, á su vez, derribados, reviste formas tan distintas, como distintas fueron las circunstancias que se desarrollaron á su desaparicion. Con frecuencia logró la nobleza, ya sola, ya con el auxilio del extranjero, especialmente de Esparta, derribar ó destruir la burguesía. Acontecieron entonces largos disturbios interiores, que originaron nuevas tiranías efímeras, hasta que, por fin, se estableció en todas partes ó una moderada soberanía aristocrática ó una templada democracia. Estas borrascosas circunstancias formaron, al desaparecer la dominacion de los tiranos, la abigarrada fisonomía política que nos ofrece Grecia en el momento en que se trató de llevar á cabo la histórica expedicion guerrera contra el poder universal de los Aqueménidas.

V.—MILETO.—PITACO EN MITILENE

Si recorremos la Grecia desde el Oriente, encontramos estas mismas circunstancias en Mileto, donde, segun parece, fué asesinado ó destronado en 600 el poderoso Trasíbulo. A su desaparicion, unióse la antigua nobleza, de un modo análogo al que se empleó en Roma cuando el patriciado se mezcló con la aristocracia plebeya. Creóse entonces una orgullosa timocracia ó mejor dicho plutocracia que, desde aquel momento, rechazó con energía las pretensiones políticas de la pequeña burguesía, de los industriales, fabricantes y marinos, en una palabra, del robusto demos, que fué conocido con los nombres de Queiromaca ó Gergitha. Esta conducta produjo sangrientas guerras intestinas que asolaron á Mileto durante muchos decenios del siglo sexto antes de Jesucristo. La lucha se empeñó por ambas partes con infame crueldad, como acontece siempre allí donde la enemistad social ciega á los partidos. Así desaparecieron los mejores elementos de vida de la ciudad, los mas prudentes habitantes salieron á millares del teatro de la guerra y cruzaron los mares dirigiéndose á antiguas colonias con el propósito de fundar algunas nuevas. Finalmente, solo quedó la poblacion arruinada, que en 560 se vió obligada á solicitar la intervencion de sus compañeros de raza de la isla de Paros, para restablecer el órden interior. Los delegados parios formaron una nueva constitucion, en la cual se descartaban así las pretensiones de la plutocracia como las de la democracia radical, poniendo el gobierno en manos de un elemento conservador, á saber, de los propietarios de cierto número de bienes. La despoblada ciudad de Mileto, si no pudo recuperar tan fácilmente su antigua fuerza,